

VISION Y TRAZO DE AMERICA. LA EROTIZACION DEL CONTINENTE

*Vanessa Fonseca G.**

Mucho antes del grito de: "¡Tierra!" de Rodrigo de Triana, Occidente había recogido en su memoria la promesa de otro español ilustre, Séneca, quien anunció la llegada de una época en la que "el océano soltaría la cadena de las cosas y una gran tierra sería revelada"¹. La insistencia de esa tierra incógnita, latente en el imaginario europeo desde las aventuras de aquel mal marino rey de Ataca, devino en existencia hace ya quinientos años. Curioso es, sin embargo, el hecho de que nuestro continente y más exactamente nuestra América al Sur del Río Grande, derive su existencia de la condición de haber sido vista, de haberse proyectado en las pupilas de los europeos. Es decir, la aparición de América en el horizonte se convierte en cristalización de una espera prolongada que prometía una recompensa en la visión de esa tierra desconocida.

Este atisbo que vistió con jubón de seda nuevo a Rodrigo de Triana, cubrió también con la engañosa túnica del oro y el poder a una España que creyó ver en el "descubrimiento", el premio a los sacrificios y esfuerzos que había -exigido la Reconquista. El nuevo mundo se convirtió en una tierra prometida para quienes, habiendo defendido al cristianismo del 'moro bárbaro e infiel' y del "judío hereje", ahora se embarcaban con su grito de "Santiago y cierra España" y con su Requerimiento en la mano para "hacer probanzas de méritos" en las Indias... Pero de esa España con la promesa cristiana en la boca y la espada en la mano, también se embarcaron soñadores de utopías, sedientos de transfiguraciones, idealistas y marginales que pretendían hacer de ese nuevo mundo un nuevo orden. Quien vino a América sufrió una transformación: la gratificante recompensa de las acciones de un Hernán Cortés o el desconsolador fracaso de un Cabeza de vaca que no sabe qué hacer con los resabios de su naufragada identidad.

El milenarismo europeo de entonces necesitaba cerrar un ciclo y abrir otro. Sedienta de esperanzas y reformas está tanto la Europa como la España que nos atisbaron, y tal fue su sed de resonar cristianismos primitivos o utopías civiles que negó casi la posibilidad de ver y con ello reconocer la diferencia, el otro ante el que se enfrentaban. América es el espacio de una promesa, un continente forjado

* Profesora de la Escuela de Filología de la Universidad de Costa Rica.

¹ Daniel Boorstin. Los Descubridores. Grijalbo. Barcelona. 1988, p.255.

con deseos ajenos, con utopías fracasadas, con los sueños de todos los pueblos y de todos los tiempos.

América ha sido premio y botín, mina y surco. Pero esa visión de nuestra América que en el siglo XVI se cegaba poblando esta tierra incógnita de antípodas y caníbales y que proponía el tutelaje de Europa sobre el "continente incipiente", es la que aún hoy nos considera incapaces de asumir los retos de ese nuevo concepto de civilización llamado "progreso". Esa visión de América la niega a cada paso, al querer ver en ella la luna quebrada donde se refleja defectuosa la imagen plácida de una Europa perfecta.

Esa no-visión, ese negar al otro que en muchos casos fue el proceso de Descubrimiento y Conquista, empieza ya desde la *Relación del primer Viaje de Cristóbal Colón*. La víspera del 12 de octubre de 1492 se lee:

"Esta tierra vido primero un marinero que se dezia Rodrigo de Triana, puesto que el Almirante, a las diez de la noche, estando en el castillo de popa, vido lumbre; aunque fue cosa tan cerrada que no quiso afirmar que fuese tierra (...) pero llamo a Pedro Gutiérrez repostero de estrados del Rey e díxole que parecía lumbre, que mirasse él (...) Díxole también a Rodrigo Sánchez de Segovia, qu'el Rey y la Reina enbiavan en la armada por veedor, el cual no vido nada porque no estaba en lugar do pudiese ver.²

Es en medio de un conflicto de visión que surge América en la historia de Occidente; como una aparición donde reina la duda, pero también la ilusión de la recompensa de ver la Tierra Firme. El veedor Rodrigo Sánchez de Segovia, representante real es, curiosamente, quien "no vido nada porque no estaba en el lugar do pudiese ver". Interesante resulta entonces la precariedad de ese primer atisbo del veedor. El diccionario de la Real Academia de la Lengua Española, recoge entre las acepciones de veedor la siguiente:

"1. El que ve, mira o registra con curiosidad las acciones de otros. 2. El que está señalado por oficio en las ciudades o villas, para reconocer si son conformes a la ley u ordenanza las obras de cualquier gremio u oficina bastimientos".

En este sentido quizá podría interpretarse la ceguera del veedor de forma simbólica, es decir, como un anuncio de lo que sería el proceso de conquista y colonización. Desde la 'ley y ordenanza' de una Europa en la Edad de Hierro es muy difícil reconocer a un a América que desmiente a cada paso no solo la cartografía y geografía antiguas sino que desgarrar, para siempre la consoladora

² Cristóbal Colón. *Los Cuatro Viajes*. Alianza. Barcelona. 1986. p. 61

división trinitaria del Ecumene, poniendo en tela de juicio a los doctores angélicos, a los Ptolomeos paganos y a todo el sistema de valores y prejuicios del Occidente cristiano.

Porque el malestar en la cultura representada en la existencia de América en el horizonte proviene, por una parte, de la ironía de haber llegado tarde a la repartición del mundo dividido entre los tres hijos de Noé: Sem, Jafet y Cam³ y por otra, al constituirse el "descubrimiento" en un elemento desestabilizador (destructor-constructor) de la episteme del Occidente medieval cristiano cuya obsesión por la analogía y la similitud⁴ había construido un mundo de proporciones entre las masas continentales y la extensión de los mares o entre zonas habitables o inhabitables donde América venía a trastornar la narcicística mirada del macrocosmos cristiano en el prosaico macrocosmos del gran teatro del mundo.

Esa necesidad por la similitud impulsaba la visión del Almirante de la Mar Océana para quien más que ver, había que reconocer en estas tierras todos aquellos elementos que las acercaban a su Gran Arquetipo, forjado y tejido de lecturas de Pierre D'Silly, Marco Polo o Eneas Silvo. Colón no quiso ver en el Mundus Nov-us de Vespuccio y dejándose llevar por homologaciones y analogías buscó y "vio" a Cipango en el Caribe y al Paraíso Terrenal en Venezuela. Llenó el Trópico de esencias de Oriente y de "animalias fabulosas" que convivían con caníbales que presagiaban cinocéfalos. Colón se ciega ante América como ante la verdad de su existencia se ciega Edipo.

Una actitud semejante ante la visión de América asumirían algunos descubridores y conquistadores posteriores. La irresistible tentación de lo no visto, la seductora imagen de amazonas, ciudades de oro, fuentes de eterna juventud, plantas con propiedades maravillosas no solo fomentaron sino también produjeron grandes avances en el conocimiento del continente. Paradójicamente, esta tierra no vista aún por ojos europeos, que se iba revelando a cada paso, a cada golpe de sable contra lanza, a cada recitación solitaria del Requerimiento, seguía teniendo en los ojos de los conquistadores, la misma suerte que aquellas lumbres lejanas en el horizonte del veedor general Rodrigo Sánchez de Segovia.

"No veían nada porque no estaban en lugar do la pudiesen ver" quienes trataban de exorcisar su realidad turbulenta e inquietante buscando grifos y amazonas cinocéfalos o antípodas entre hombres y mujeres cobrizos cuya

³ Génesis Libro dos. Capítulo 9 y 10. La Santa Biblia. New York:Grolier 1958, página 9-10-.

⁴ Michel Foucault, Las palabras y las cosas. siglo XXI. México. 1984

existencia desmentía a los más prestigiosos geógrafos y cartógrafos de entonces. la zona tórrida "credita inhabitabilis" ofrecía su visión devastadora al español ávido de horizontes maravillosos. Pero igual que en el desierto, el hombre sediento confunde en el horizonte las sombras de su deseo con lo que el sol le revela, así el conquistador, alucinado perenne, se empeñó en ubicarse "en lugar do no pudiese ver" una tierra incógnita que convenía en estatua de sal sus sistema de valores por haberse atrevido a mirar lo que no alcanzaba a entender, que maldecía de su consolador Orbis Terrarum haciendo descender al Averno a toda la cosmografía de la época.

Y es que en Occidente el ver, que además es fuente y salsa del deseo, ha estado estigmatizado por maldiciones y pérdidas: Por ver quedó la esposa de Lot convertida en estatua de sal, por ver a Noé desnudo sufrió Cam una maldición en su descendencia que la sometió a esclavitud perpetua y divinamente justificada ante los hijos de Sem y Jafet. Por no soportar la tentación y el embrujo del placer visual pierde Orfeo a su amada y se hunde Narciso en un beso fatal a su imagen mortífera que lo atrae hacia el fondo del lago. Ver lo prohibido es entonces un desastre futuro.

Muerte y promesa (aún promesa de muerte) están íntimamente ligadas al acto de ver y como la verdad comporta ambas ¿No podríamos pensar que cada nuevo descubrimiento se teje de promesas y de muertes que van construyendo y destruyendo la Historia? ¿No podríamos aventurarnos a decir que de cada muerte y de cada recompensa se nos va mostrando también en la visión de nuestra América, una tierra incógnita que lanza su verdad paradisiaca junto con su verdad asfixiante, que seduce al "otro", conquistador, con sus promesas de riquezas para ahogarlo después en los océanos verdes de sus bosques infinitos?

La "erotización" de América, el hacerla nueva tierra de promisión, depositaria de la fuente de la eterna juventud, paraíso olvidado o espacio de transmutaciones y transfiguraciones se posibilita gracias a la proyección en el nuevo mundo de lo no visto, pero deseado en Europa. En 1492, el imaginario occidental alimentado de bestiarios medievales y sediento, como todo siglo agónico, de reencuentros gratificantes con una siempre anhelada Edad de Oro, pobló nuestro continente con los sueños, fantasías y temores que arrastraba desde la Antigüedad Greco-latina.

Esa proyección de sueños y pesadillas no hizo más que retrasar el reconocimiento de los pueblos indígenas americanos como parte de la humanidad. En general, el europeo que llegó a América se preocupó más por evidenciar

ciertas diferencias que en reconocer otras semejanzas, pero esas diferencias las construían, paradójicamente, desde su imaginación. Construyó al "otro", al indio, desde lo siniestro de sí, desde la extraña sensación de enfrentarse a sus más "familiares temores", sin poder evitar la angustia de saberlos extraños...

La erotización de América parte también de lo siniestro de su representación. Según Freud, "en cuanto sucede algo en esta vida, susceptible de confirmar aquellas viejas convicciones abandonadas, experimentamos la sensación de lo siniestro"⁵. No es otra la respuesta de casi todos nuestros cronistas al enfrentarse a la naturaleza o humanidad americanas. La diferencia va a establecer gradaciones en la naturaleza humana de los hombres europeos y americanos, pero va a proponer identidades entre los seres fabulosos o bestias fantásticas y el indígena, estableciendo así un estatus ambivalente para el habitante de América que oscila entre su naturaleza humana y su representación animal.

El mapa de Piri Reis (1554)⁶ es un ejemplo muy significativo: una pareja de cinocéfalos (hombres con cabeza de perro) bailan alegremente mientras que un Blemmyae (hombre con el rostro en el pecho) descansa sentado en una piedra y sostiene unas plantas en su mano derecha. Más hacia abajo, aparecen otros animales semejantes a unicornios y algunos cuadrúpedos exóticos desconciertan por su desclasificante apariencia. Al igual que este mapa podríamos citar muchos más como el 'Nuevo Mundo' (1540/46)⁷ de Sebastián Münster que escribe sobre la actual Argentina 'Regio Gigantum' o la grotesca 'Carta Marina' de Lorenz Fries (1525)⁸ donde las parrilladas con extremidades humanas sobresalen con solitaria imponente entre las letras góticas que dicen 'Terra Nova' o 'Terra canibalorum'.

Igualmente otros mapas como la "Nova Totius América Tabula" de Petrus Schenk (ca. 1700) hace énfasis en la primacía de los reptiles en la fauna americana y también, establece una 'degradación' del estatus del indígena en la medida que, ligándolo a la figura del sátiro grecolatino raptor de mujeres, lo asocia posteriormente a una serie de demonios alados conductores de carnajes que huyen con sus víctimas hacia unas llamas que anuncian la entrada al Infierno. Esta relación del indígena con reptiles (recordemos que en occidente estos

⁵ Sigmund Freud. Lo Siniestro. En Obras Completas. Madrid: Biblioteca Nueva 1981. Tomo 111. Páginas 2483-2505

⁶ Kenneth Nebenzahl. AZW of Columbus. Rand Mc. Nally. 1990. p. 63

⁷ Op. cit. P. 99

⁸ Hans Wolff. Dansrube Bild der Neuen Welt. Prestel München. 1992. p. 31

animales se han estereotipado como criaturas malignas simbolizadoras del pecado y del Demonio) y su caracterización como demonios raptadores de mujeres no hace más que construir un verosímil a partir de lo siniestro familiar, es decir de la imposición de la imagen de criaturas diabólicas ya conocidas en Occidente en la persona novedosa de los aborígenes americanos.

Esta resemantización del indígena como demonio y de América como una puerta o un paso a una "realidad infraterrena" y más exactamente infernal es tema común a muchos mapas. La representación del jardín del Edén y del Infierno como espacios ornamentales en los mapamundi e incluso en algunos mapas de América no obedece a la inocente intención estética de los cartógrafos. Curiosamente, la ubicación del Paraíso y del Infierno en los mapas presenta un patrón en el que el Paraíso está al norte y el infierno al sur... ¿Será ésta una de las primeras escenificaciones de la oposición norte/sur?

Siguiendo este mismo motivo ornamental, un mapa de 1632 titulado *Orbís Terrarum Descriptio Duobis planis hemispbaeriis comprebesa*, privilegia la ornamentación en la parte superior del mapa al presentar en un plano central a Adán y Eva en el Edén rodeados de hermosas y cordiales criaturas. Hacia la izquierda siempre en el margen superior, se coloca una mujer con el cuerno de la abundancia y hacia la derecha otra mujer sostiene un ramo de flores. En el fondo de ambos cuadros puede observarse gente trabajando en labores agrícolas. Tenemos pues los conceptos de abundancia, trabajo, fertilidad y paraíso que, sin duda alguna, condicionan la lectura de las regiones septentrionales de ambos hemisferios pues son las que se ubican inmediatamente debajo de las omarnentaciones citadas.

En contraste, en la base del mapa, los motivos destacan la embriaguez, figuras demoníacas entre llamas, un desorden general provocado aparentemente por el temor de los hombres ante las trompetas de los ángeles que anuncian el juicio Final y obviamente, estos elementos semantizan negativamente a las cercanas regiones meridionales y australes.

Sumado al motivo Paraíso/Infierno hay otros elementos que programan la lectura del mapa estableciendo zonas legitimadas y zonas legítimas. Una de ellas es la representación de los vientos que en la cartografía suelen ser rostros humanos soplando. En este sentido resulta interesante señalar que en algunos casos esas representaciones no son las mismas en la parte superior del mapa que en la parte inferior. Por ejemplo, en un mapa mundi de Battista Agnese que forma parte de un atlas portolano publicado en Venecia entre 1543 y 1545, las caras de

niños que soplan se van oscureciendo paulatinamente a partir de la línea equinoccional hasta que el niño que está más al sur, y por lo tanto en la base del mapa, es completamente negro. No solo varía el color de la piel y el cabello, los rasgos faciales también cambian. El mismo Colón en el diario del tercer viaje establece una relación entre el color de la piel y el esta? hacia el sur en la línea equinoccial.

Porque estando y en este viaje al Septentrion veinte grados de la línea equinoccial, allí era en derecho de Hargin e de aquellas tierras e allí es la gente negra e la tierra muy quemada. Y después que fui a las islas de Cabo Verde, allí en aquellas tierras es la gente mucho más negra, y cuanto más baxo se van al Austro, tanto más llegan al extremo en manera que allí en derecho donde yo estaba (...) allí es la gente negra en extrema cantidad"⁹.

La incidencia de los climas o las regiones sobre sus habitantes es muy antigua en la cartografía. Las cinco zonas o climata en las que se dividía el mundo (dos templadas, dos frías y una tórrida) condicionaban la calidad de la vida que en ellas se producía. Algunos autores pensaban que las áreas tórridas, por los extremos del clima, producían razas monstruosas; así lo expresa Estrabon refiriéndose a las zonas super-tórridas:

"Son arenosas y no producen otra cosa que "silphium"(el arbust o llamado terebinto)y algunas frutas amargas que se marchitan por el calor. Estas regiones carecen de montañas en sus alrededores contra las cuales las nubes puedan romperse y así producir lluvia. Tampoco están cruzadas por ríos y por esta razón producen criaturas con cabello lanoso, cuernos retorcidos, labios protuberantes y narices planas (ya que sus extremidades se deforman por el calor)"¹⁰.

Así las teorías sobre la determinación de; clima en la forma, color y "humanidad" de ciertos seres se suma a la maldición bíblica que hacía de las personas de piel oscura descendientes de Cam y por lo tanto, esclavos en potencia, -¿o esclavos por naturaleza en palabras de Aristóteles?- de los grupos blancos (Jafet) y los semíticos (Sem).

Cuarenta y nueve años antes del portolano de Agnese, un mapamundi de Giovanni Matteo Contarini fechado en Florencia en 1506, se limita a representar a América con la "Insula Hispaniola" y la "Terra de Cuba" en medio del mar desolado y entre la representación vacía de una región austral incógnita, una

⁹ Cristóbal Colón. Los cuatro Viajes Testamento. Alianza Madrid. 1986. p. 239

¹⁰ Lloyd A. Brown. 7be Siory ofmaps. Dover. New York. 1979. p.4i

Provincia Magna de India al noreste de Catay y una Europa rebosante de nombres e iglesias. Este mapamundi también representa a los vientos por debajo del círculo equinoccial con rostros negros que soplan hacia la región más al sur de las Indias, las ínsulas americanas y Africa. Catorce años después del "descubrimiento" cuándo la invención de América, como diría Edmundo O'Gorman, estaba en su etapa inicial, y ni siquiera nuestro ser geográfico se asomaba con seguridad en los mapas de la época, el soplo de los descendientes de Cam y la maldición de Noé emulaban, como el soplo divino del Creador en el Génesis, la creación-inventión en el sentido de hallazgo y resemantización- de una América programada desde el imaginario y lo siniestro de una Europa que, como el veedor general, estaba en lugar do no pudiese ver...

De esta forma, no solo los habitantes sino el mismo continente tiene en un principio un estatus cambiante en los textos cartográficos, y por supuesto, en las crónicas y relaciones del descubrimiento y conquista. América es inicialmente en su totalidad un espacio que fácilmente oscila en el seductor vaivén entre el Paraíso y el Infierno, entre el reencuentro mortífero con la pristina Edad de Oro y la no menos aniquilante "realidad tropical" que con su barroca lujuria común tanto a su fauna y flora como a sus civilizaciones, se escapa siempre al impotente intento de aprehensión de los conquistadores, desde Colón hasta hoy.

Esa ambivalencia se irá resolviendo con el paso del tiempo para llegar a estabilizarse en la dicotomía que hará de América Septentrional (Norte) un espacio diferente a la bárbara, infernal e incomprensible América Meridional, la que va según palabras de Martí del Río Grande a la Tierra del Fuego.

Desde las primeras representaciones de América, la cartografía occidental mostró el estatus ambivalente del nuevo mundo y sus habitantes. Ambivalente porque si bien se trataba de una tierra incógnita, se la poblaba con seres ya familiares en la tradición "geográfica y naturalista del occidente cristiano". Lo siniestro de la familiaridad por el pensamiento analógico u homológico medieval que lleva a la familiarización de lo otro atribuyéndole un espacio en la tipología de lo siniestro conocido, no es sino una forma en la que se muestra la "incapacidad estratégica' de Europa frente a la diferencia; ese "no poder ver porque no se está como el veedor general que acompañaba a Colón- en lugar do lo pudiese ver" solo apunta a la necedad de no querer reconocer la diferencia, es decir, la particularidad del otro.

Al igual que hace quinientos años nuestra América continúa siendo Terra Incógnita para los americanos y para los que no lo son. Ya había afirmado muy

lúcidamente José Martí que veedor significa entendedor. Es decir conocer y valorar una realidad americana mestiza en todas las dimensiones que exige el problema.

Los textos cartográficos se aúnan a las crónicas relaciones del descubrimiento y conquista en el empeñarse en no ver en América un otro sino un "lo mismo" degradado o un "lo mismo" siniestro.

El mapa puede entenderse entonces como un espacio de representación de "la realidad" y como tal como una metáfora de ella - como diría Nietzsche- en la medida en que la naturaleza engañosa y densa del lenguaje y su representación nunca nos permitirá acercarnos a lo Real. No es fortuito que el nombre de grandes colecciones de mapas regionales, mapamundis u otros textos cartográficos se contengan en volúmenes titulados "*Theatrum Orbis Terrarum*" como el publicado por Abraham Ortelius en 1570¹¹ o *The Teatre of the Empire of Great Britaine* (1603) de John Speed¹². El mapa es en tanto teatro un lugar desde el que se contempla alguna cosa. Esa contemplación del gran teatro del mundo va a estar determinada por varios intereses.

Por una parte el informativo, el decir, el mapa como documento que reproduce "una verdad" geográfica (una ruta apropiada hacia minerales o piedras preciosas o la advertencia de peligros para el navegante o el colonizador tales como arrecifes, caníbales, gigantes, pueblos belicosos, etc.

Esta programación del mapa como documento informativo reproductor de los últimos descubrimientos y precisiones geográficas lo constituye un objeto de comercio valioso por la información que ofrece. Su posesión es la posesión del saber que con una apropiada acción se traducirá en el dominio de las tierras y fuerza humana generadora de riqueza y poder.

Como documento oficial, el mapa entra en el tráfico del, conocimiento como un objeto único, su comercio es muy limitado porque su información va dirigida a las cúpulas del poder político e intelectual. En estas circunstancias, ver preconiza el poseer. Desde una actitud casi mágica la contemplación de "la verdad" del mapa, la Contemplación de los territorios, incluye a su vez la promesa de poseerlos.

Chandra Mukerji sostiene que la "revolución científica" del siglo XVII privilegió la visualización como una forma para conocer, introduciendo así una

¹¹ Phillip Allen. 7be ALLW of Atlases. Henry Abrams Inc. New York. 1992. p.36

¹² 9,P cit P. 100.

suerte de empirismo en la ciencia¹³. Del mismo modo, J. B. Harley en *Maps, Knowledge, and power* cita a Michel Foucault a este respecto: "La búsqueda de la verdad no era una actividad objetiva y neutral sino más bien, estaba íntimamente relacionada con la voluntad de poder del buscador de verdades. El conocimiento era, de este modo, una forma de poder. La cartografía puede ser una forma de conocimiento y una forma de poder¹⁴. Así entendido el mapa va más allá de un intento inocente por aprehender un verosímil geográfico ofrece en la visión y en el ejercicio de esa visión como saber, una promesa de poder. Visión y trazo se conjugan en el mapa, y en el caso de nuestra América, en la "visión" del conquistador, la visión del veedor, se conjugó la resemantización y la invención de América desde lo más familiar y lo más siniestro de sí hasta la conjugación de su diferencia en la impresión o trazo de sus límites y sus bordes, a la erotización de un continente con las fantasías, sueños y temores de una Europa alucinada que quizá perdió la lucidez y la visión que a veces resultan hermanas- frente a la Tierra de Américo, frente a aquella gran tierra de la que Séneca dijo que sería revelada. Y es que en el juego de ver y el trazar que es la historia de nuestra invención, la premonición del poeta ha de leerse como revelación, como el juego erótico del encubrimiento y el descubrimiento, de una América velada y revelada que como en las portadas de los Atlas del siglo XVI parece ofrecer en su desnudez femenina la revelación de su realidad, pero que lejos de mostrarse como es, hace suponer en esa ausencia del velo, un misterio que pulsa bajo el trazo y bajo el cuerpo de un continente con cuerpo de mujer.

¹³ Chandra Mukerji. Visual Language in Science and the Exercise of Power. The Case of Cartography in Early Modern Europe. *Studies in Visual Communications*, 10,3 (1984) p. 30-45

¹⁴ J. B. Harley. *Maps, Knowledge and Power in The Iconography of Landscape* Cambridge University Press. p. 279